

A ROGELIO, QUE PIENSA OFECERSE A LA IGLESIA COMO DIÁCONO PERMANENTE

Estimado Rogelio:

Muchísimas gracias por tu ofrecimiento a la Iglesia para servirla como diácono permanente. Esta gratitud la traslado a tu esposa Carolina y a tus hijos que se han mostrado dispuestos a aceptar gustosos tu deseo.

Que el Señor os premie con su gracia por vuestra generosidad y entrega.

Bien sabéis la necesidad que hoy la Iglesia tiene de obreros en su mies. Cada nuevo diácono, y cada nuevo sacerdote, son una bocanada de aire fresco para nuestras comunidades. Sois una señal clara de que el Espíritu no nos ha abandonado. Demos todos gracias a Dios.

Hemos hablado en cartas anteriores sobre el ministerio diaconal. En esta ocasión prefiero recordarte el rito de la ordenación de diáconos tal como lo realiza la Iglesia. Es un rito sencillo pero admirable si sabemos acogerlo con fe. Repásalo con tu mujer y tus hijos para que cuando llegue el momento lo tengas ya bien aprendido y asumido:

Rito de ordenación

Después de la lectura del Evangelio, comienza la Ordenación del diácono. El Obispo se acerca, si es necesario, a la sede preparada para la Ordenación, y se hace la presentación del candidato.

1 – Elección de candidato a diácono

El ordenando es llamado por el diácono de la forma siguiente:

Acérquese el que va a ser ordenado diácono.

E inmediatamente lo nombra; el llamado dice:

Presente.

Y se acerca al Obispo, a quien hace una reverencia.

Estando todos situados ante el Obispo, un presbítero designado por el Obispo dice:

Reverendísimo Padre, la santa Madre Iglesia pide que ordenes diácono a este hermano nuestro.

El Obispo le pregunta:

¿Sabes si es digno?

Y él responde:

Según el parecer de quienes lo presentan, después de consultar al pueblo cristiano, doy testimonio de que ha sido considerado digno.

El Obispo:

Con el auxilio de Dios y de Jesucristo, nuestro Salvador, elegimos a este hermano nuestro para el Orden de los diáconos.

Todos dicen:

Demos gracias a Dios.

2 – Promesa del elegido

Después de la homilía, solamente se levanta el elegido y se pone de pie ante el Obispo, quien le interroga con estas palabras:

Querido hijo: Antes de entrar en el Orden de los diáconos debes manifestar ante el pueblo tu voluntad de recibir este ministerio.

¿Quieres consagrarte al servicio de la Iglesia por la imposición de mis manos y la gracia del Espíritu Santo?

El elegido:

Sí, quiero.

El Obispo:

¿Quieres desempeñar, con humildad y amor, el ministerio de diácono como colaborador del Orden sacerdotal y en bien del pueblo cristiano?

El elegido:

Sí, quiero.

El Obispo:

¿Quieres vivir el misterio de la fe con alma limpia, como dice el Apóstol, y de palabra y obra proclamar esta fe, según el Evangelio y la tradición de la Iglesia?

El elegido:

Sí, quiero.

El Obispo:

¿Quieres conservar y acrecentar el espíritu de oración, tal como corresponde a tu género de vida y, fiel a este espíritu, celebrar la Liturgia de las Horas, según tu condición, junto con el pueblo de Dios y en beneficio suyo y de todo mundo?

El elegido:

Sí, quiero.

3 – Imposición de manos y plegaria de consagración

Una vez concluidas las letanías de los santos, el elegido, que ha estado postrado en el suelo, se levanta y se acerca al Obispo que está de pie delante de la sede, y se arrodilla ante él. El Obispo impone en silencio las manos sobre la cabeza del elegido.

Estando el elegido arrodillado ante él, el Obispo, con las manos extendidas, dice la oración de consagración:

“Asístenos, Dios todopoderoso, de quien procede toda gracia, que estableces los ministerios regulando sus órdenes; inmutable en ti mismo, todo lo renuevas; por Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro -palabra, sabiduría y fuerza tuya-, con providencia eterna todo lo proyectas y concedes en cada momento cuanto conviene.

A tu Iglesia, cuerpo de Cristo, enriquecida con dones celestes variados, articulada con miembros distintos y unificada en admirable estructura por la acción del Espíritu Santo, la haces crecer y dilatarse como templo nuevo y grandioso.

Como un día elegiste a los levitas para servir en el primitivo tabernáculo, así ahora has establecido tres órdenes de ministros encargados de tu servicio.

Así también, en los comienzos de la Iglesia, los apóstoles de tu Hijo, movidos por el Espíritu Santo, eligieron, como auxiliares suyos en el ministerio cotidiano, a siete varones acreditados ante el pueblo, a quienes, orando e imponiéndoles las manos, les confiaron el cuidado de los pobres, a fin de poder

ellos entregarse con mayor empeño a la oración y a la predicación de la palabra.

Te suplicamos, Señor, que atiendas propicio a éste tu siervo, a quien consagramos humildemente para el orden del diaconado y el servicio de tu altar.

ENVÍA SOBRE ÉL, SEÑOR, EL ESPÍRITU SANTO, PARA QUE FORTALECIDO CON TU GRACIA DE LOS SIETE DONES, DESEMPEÑE CON FIDELIDAD EL MINISTERIO.

Que resplandezca en él un estilo de vida evangélica, un amor sincero, solicitud por pobres y enfermos, una autoridad discreta, una pureza sin tacha y una observancia de sus obligaciones espirituales.

Que tus mandamientos, Señor, se vean reflejados en sus costumbres, y que el ejemplo de su vida suscite la imitación del pueblo santo; que, manifestando el testimonio de su buena conciencia, persevere firme y constante con Cristo, de forma que, imitando en la tierra a tu Hijo que no vino a ser servido sino a servir, merezca reinar con él en el cielo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. R. Amén.

4 – Imposición de vestiduras

Concluida la oración de consagración se sientan todos. El Obispo recibe la mitra. El ordenado se levanta, y unos diáconos u otros ministros le ponen la estola al estilo diaconal y le visten la dalmática.

Mientras tanto, la asamblea canta.

5 – Entrega de los Evangelios

El ordenado, ya con sus vestiduras diaconales, se acerca al Obispo, quien le entrega, ante él arrodillado, el libro de los Evangelios, diciendo:

Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado.

6 – Saludo del Obispo al ordenado

Finalmente, el Obispo besa al ordenado, diciendo: *La paz contigo.* El ordenado responde: *Y con tu espíritu.*

Y lo mismo hacen todos o al menos algunos diáconos presentes. Mientras tanto, se canta.

Rogelio:

Que el Señor te bendiga y que pronto podamos verte sirviendo en el altar, proclamando el Evangelio, bautizando a los niños, casando a los jóvenes y enterrando a los muertos... y, lo más distintivo vuestro, acogiendo a los pobres y enfermos en comunión con los demás diáconos, sacerdotes y Obispo.

Un abrazo

Florentino Gutiérrez Sánchez, Sacerdote
www.semilacristiana.com

Salamanca, 10 de mayo de 2023